

El silencio de La lengua de las mariposas

¿Cuántas veces te lo voy a decir?

Hay que cogerlo como si fuera una chica.

¿O no has abrazado nunca a una chica?

¡¡Qué juventud!!

Así así, firme, pero con cariño...

Como de enamorado

La música tiene que tener el rostro de una mujer a la que enamorar: cierra los ojos e imagínatela. Imagínate su pelo..., sus ojos...

La música y ese silencio sonoro...

Así nos la describe el profesor de saxofón de Andrés, uno de los protagonistas, de *La lengua de las mariposas* (José Luis Cuerda, 1999).

La música y la mujer. Hoy esas palabras provocarían un escándalo, y no tardarían en tachar al músico de yayo perroflauta y machirulo, más allá de compartir sentimientos afines y emociones encontradas.

La melodía acompaña el recorrido de toda la película: desde el tañido inicial de las campanas a medianoche cuando Moncho no puedo dormirse la víspera de ir a la escuela por primera vez: “el maestro pega; me voy a América”.

Miedo a la violencia, miedo a lo desconocido: “cojo el portante y me embarco a otros mundos, pongo tierra de por medio y me lanzo a un nuevo horizonte más allá del océano”.

Podrían ser las reflexiones del niño atemorizado por la que se le viene encima: sabemos que, durante décadas, *la letra con sangre entra* y el “elemento” docente poseía el férreo poder de la disciplina, física e intelectual: collejas, pellizcos, “regletazos”, orejeras y al rincón: ridículo y mofa pública.

La música actúa de lenitivo: un bálsamo sanitizador que cura heridas abiertas difíciles de cerrar, como la que va a acontecer meses después: en julio de 1936 España se parte en dos; una brecha que Machado anticipaba de manera inefable en estos versos:

*Es la clase. En un cartel
se representa a Caín
fugitivo, y muerto Abel,
junto a una mancha carmín*

Mientras tanto, es tiempo de celebración y fiestas: carnaval y orquesta, *El manisero*, melodías populares, romería, verbenas y circo, disfraces y máscaras, bailes y risas; un auténtico ambiente costumbrista entre vecinos más allá de las diferencias ideológicas, más allá de lo que grita la radio en el bar del pueblo ante los oídos atentos de los parroquianos: política y congreso, Azaña, la República y Franco, soldados, África, amenaza de guerra...

El saxofón lírico en medio del conflicto...

El 14 de abril, se conmemora la efeméride: en el campo -locus amoenus, clásico- parece que el tiempo se ha detenido; comidas, retratos, parejas y familias ríen, corren, confraternizan de manera bucólica, una estampa bulliciosa: jolgorio y música. Poco silencio, aunque hacia el fondo se atisba un amago de sospecha. Figuras a caballo que observan, pero conviene despejar nieblas futuras, hay que vivir el instante: carpe diem. Por ahora, los personajes y las personas se afanan en alejar la melancolía y seguir alimentando la ilusión y la esperanza. Es el momento de cumplir los sueños de jóvenes y adultos en una España que presagia ciertas convulsiones venideras. Una localidad gallega en abril de 1936 comparte luces, sonidos y ritmos. Las sombras se van a cernir acallando la música. La tensión posterior va a cercenar la felicidad individual y colectiva.

A lo largo de la película contemplamos inquietudes infantiles: la existencia de Dios o el infierno. La esencia de la vida se abre paso entre los más pequeños: excursiones al campo, sonidos del río, trinos de pájaros, la naturaleza exultante en plena ebullición, homenaje al maestro y... días de clase

*Una tarde parda y fría
de invierno. Los colegiales
estudian. Monotonía
de lluvia tras los cristales*

Secretos de adultos. Los días avanzan y de nuevo el tañido de esas campanas que anuncian la tragedia. Una población intimidada se mira de reojo. Silencio. Pronto los gritos de rabia, ojos de decepción, las piedras contra los detenidos que, cargados como fardos en el remolque del camión, conocen su futuro: o la prisión o la cuneta.

Más silencio. Las canciones no resuenan, los instrumentos se han quedado mudos ante el pasmo de la tragedia. La armonía cede al desequilibrio. El paisaje se ha resquebrajado. Hay que pertrecharse amordazándose la boca.

Va sonando el silencio...

Las charlas dominicales en la plaza del pueblo enmudecen: con el alma encogida acompañan a los desgraciados, vencidos y silenciosos, suplicantes... aquellos que han formado parte de su vivir cotidiano: un vaso de vino, las medidas de un traje nuevo, un trozo de queso doméstico...

Los bailes se han congelado en un fotograma: blanco y negro; la grisura nacional contamina los parajes del norte. El saxofón desafinado destila lágrimas de dolor. Ese silencio tan aterrador. El bienestar apacible da paso a insultos a unas voces disonantes.

No hay más compases de la *Orquesta Azul*. La figura de don Gregorio, ese maestro republicano, depositario de las esperanzas de sus jóvenes discípulos, desvaída, alejada de los valores inculcados en sus aulas, rueda por las calles empedradas camino a su destino inexorable.

*Con timbre sonoro y hueco
truena el maestro, un anciano
mal vestido, enjuto y seco,
que lleva un libro en la mano*

En *La lengua de las mariposas* se puede observar una clara diferencia entre el inicio del film y su final; una estructura de opuestos y contrastes como el propio país reflejado: jolgorio y escenarios placenteros, escenas funestas y planos simbólicos y reales.

Una vida sencilla y tranquila, impregnada por la naturaleza, la luminosidad y los deseos de conocer... pero ese deseo íntimo se aleja con unos pasos silentes llenos de agonía y de odio que va a calar como la lluvia local.

Ha llegado el silencio...

El mutismo rugiente anuncia la pérdida de la libertad, de los valores y de la dignidad: se impone la traición. El final de la película resulta coherente; el esperable: la brutalidad militar fulmina de golpe el sueño de un mundo mejor y en paz; movimientos siniestros de falangistas que terminan con el republicanismo local. Silencio y piedras. Más insultos y el tañir quejumbroso e incómodo, amedrentado, de las campanas.

A modo de estructura dramática, *La lengua de las mariposas* simula una obra teatral, pero sin cartón piedra, poco *atrezzo* y sí mucha vida, vivida en las entretelas de sus protagonistas ficticios en la pantalla, de carne y hueso en la realidad de aquella España.

La linealidad y fluidez del relato se rompen por el odio y la violencia finales: no hay música, ni instrumento que recompongan ese espejo hecho añicos. Se apagan las risas, las palabras bienintencionadas, el amor entre iguales y surge la hidra más poderosa que nunca para arrebatrar la amistad, la cultura y las relaciones humanas. Los prejuicios contaminan los discursos defensores de la libertad frente a la opresión. Al silencio impuesto le acompañan el paulatino advenimiento del fascismo, la intolerancia y el oscurantismo religioso, la ausencia de la curiosidad, la expresión artística y el conocimiento científico...en definitiva, abajo telón y cerrojazo a las libertades individuales.

Miedo. Y hay que darse un punto en la boca para no salirse del nuevo sendero marcado por la tradición conservadora. Y siempre el silencio impuesto ante un sentimiento de horror. Un silencio traidor y delator a pesar de la paradoja. ¿Dónde está la música?

La exuberancia de pentagramas, corcheas, canciones y *da capo* se volatilizan como por ensalmo en unos páramos llenos de pureza y emotividad. El mutismo propicia la ignorancia, la mansedumbre y la sumisión. La música borra la lealtad. Galicia y España; el impulso transformador y la lucha fratricida, familias quebradas y educación diluida, dignidad maltrecha: un conjunto de elementos esenciales y simbólicos de raíz humana arrancados de cuajo.

De la alegría al desasosiego...

Sabiduría y pensamiento. Los ideales personales han de permanecer opacados, y la conciencia casi anulada, soterrada bajo los andamios amenazantes de nuevos tiempos.

La cobardía deviene virtud; mostrar valor y arrojo supone arriesgar la seguridad personal. Ni mú. Hay que callar. “Si alguien os pregunta, vosotros decid que papá no ha hablado nunca mal de los curas, que nunca ha sido republicano”, “Ramón por lo que más quieras, ¡Que te vean gritar!”, “Tú también Mocho, grítale tú también”. Obedecen a Rosa, la madre conservadora y precavida y aterrorizada; Moncho y su padre acabarán uniéndose a los que insultan a los prisioneros.

La palabra conciliadora, aprendida y practicada entre maestro y alumno se despedaza, el Verbo proferido se enfrenta solo, en silencio, ante el pelotón de fusilamiento.

*Y todo un coro infantil
va cantando la lección:
«mil veces ciento, cien mil;
mil veces mil, un millón».*

*Una tarde parda y fría
de invierno. Los colegiales
estudian. Monotonía
de la lluvia en los cristales.*

(Recuerdo infantil, *Soledades*, Antonio Machado)